

## DE LA GEOPOLITICA Y GEOESTRATEGIA

*Cambio excelente política exterior por mejor posición geográfica.*

CORNELIO MANESCU,  
Ministro de Asuntos Exteriores  
rumano. Anuncio personal en  
*The Times* de Londres en 1971

El ejemplo más gráfico y crudo de determinismo geográfico lo popularizó Victor Cousin hace siglo y medio con unas conocidas frases: «Dadme el mapa de un país, su configuración, su clima, sus aguas, sus vientos y toda su geografía física; dadme sus producciones naturales, su flora, su zoología, etc., y yo me encargo de decir *a priori* cuál será el hombre de ese país y qué papel este país desempeñará en la historia, no accidental sino necesariamente, no en tal época sino en todas (...)» (1828). Un siglo después la doctrina posibilista la expresa representativamente un compatriota suyo, Lucien Febvre: «En ninguna parte hay necesidades; en todas hay posibilidades; y el hombre, como dueño de estas posibilidades, es el juez de su utilización» (1922).

No hay determinismo geográfico sino en términos relativos. Hombre y medio sostienen relaciones recíprocas. Grupos humanos distintos asentados en solares idénticos los hacen irreconocibles al contrastarlos. Es más, en palabras de Ortega, «con el mismo material geográfico y aun antropológico se producen historias diferentes»<sup>1</sup>. Como Hoffmann constata, lo que la política mundial de nuestra centuria ha demostrado es que la geografía tanto puede ser explotada por un programa político como puede la política ser «dictada» por la geografía. Y la política la hacen los hombres, aunque no puedan hacer agua de piedras, pero sí podrán regar desiertos si se lo proponen, citando a Gottmann, para quien «los hechos más inflexibles son los del espíritu, no los del mundo material»<sup>2</sup>. No obstante, las posibilidades están muy desigualmente repartidas por la tierra, aunque «todo es posible en todas partes siempre que se esté dispuesto a pagar el precio; pero entonces el pago del precio es una adaptación obligada al medio ambiente», es decir, que los mandatos del medio geográfico

<sup>1</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET: En el centenario de Hegel, *Obras completas*, V, Madrid, 1970, 7.ª ed., p. 424.

<sup>2</sup> STANLEY H. HOFFMANN: *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*, Madrid, 1963, p. 217.

suelen tener un «carácter más negativo y permisivo que positivamente imperativo»<sup>3</sup>. Se han buscado una serie de gradaciones entre la rigidez determinista y el voluntarismo humano.

Definir actualmente la geografía no deja de ser una proeza. Definiciones clásicas pasan por anticuadas y aun por inocuas. Las tendencias más aceptadas se refieren a ella en tanto que «ciencia de diferenciación de áreas» o como «ciencia de las relaciones e interacción especiales», o bien como «ciencia de distribuciones», indica el reconocido especialista S. B. Cohen. Según él, la geografía política realzaría las diferencias políticas entre áreas geográficas. «El área política, o espacio, es multidimensional.» Señala tres espacios: el *horizontal* (aspectos físicos), el *vertical* (aspectos sobreestructurales) y el *temporal*, que implica la interacción de los otros dos. Reconoce que la apreciación puede ser subjetiva. Define la geografía política como «las consecuencias espaciales del proceso político». Para su estudio cita seis aproximaciones, de ellas cuatro de Hartshorne, que pueden hacerse al estudio geográfico del medio político: análisis del poder, histórica, morfológica y funcional; los dos que añade el propio autor son la conductista y la sistémica<sup>4</sup>.

Ni siquiera estas modernidades y sofisticaciones satisfacen a geógrafos radicales, que denuncian la «geografía de los profesores», que sustrae cosas sustantivas hasta el punto de hacerla aburrida al estudiante al no ver relevancia en su estudio. Un grupo ha fundado la pertinente revista —*Hérédote*— para poner las cosas en su sitio. Uno de sus máximos exponentes subraya sin contemplaciones: «*La geografía sirve ante todo para hacer la guerra y para organizar los territorios con objeto de controlar mejor a los hombres sobre los que ejerce su autoridad el aparato estatal.* La geografía ha sido ante todo un saber político y militar, y todavía lo es. Hay que recordar que antes de la aparición de la geografía escolar y universitaria (que no data más que de fines del siglo xix) la geografía existía y que estaba destinada no a los jóvenes alumnos ni a sus futuros profesores, sino a los jefes de la guerra y a los dirigentes del Estado. La geografía ha sido, ante todo, un saber estrechamente ligado a la práctica política y militar, un conjunto de conocimientos heteróclitos, pero indispensables para la elaboración de las estrategias y de las tácticas»; en

<sup>3</sup> *Enciclopedia internacional de Ciencias Sociales*, vol. III, Madrid, 1974, pp. 646-647.

<sup>4</sup> SAUL B. COHEN: *Geography and Politics in a World Divided*, N. Y., Londres y Toronto, 1973, 2.<sup>a</sup> ed., pp. 3-7.

fin, se trataría de «demostrar con mil ejemplos la importancia del razonamiento geográfico en tanto que saber estratégico»<sup>5</sup>.

En sus conmovedores artículos, Lacoste hace lo posible por ignorar la existencia de una *geografía militar*, geografía que hoy incluiría no sólo los instrumentos clásicos para el despliegue del poderío terrestre, marítimo y aéreo, sino que habría que agregar una geografía submarina y la que pueda tener en cuenta problemas espaciales. Esta coartada le sirve así para militarizar toda la geografía. Con ello pretende probablemente salvar a la geografía de la vía muerta que parece haber entrado. Al parecer inofensiva, se hace aburrida en comparación con otras ciencias sociales. Incluso se lamenta de la no existencia de una geografía marxista. En cambio, preconizando una geografía al quite de la metralleta, el napalm, bases militares, polaris o el emplazamiento de empresas multinacionales, se insufla dinamismo y agresividad a algo que adolece de estático. Denunciar que los militares poseen mapas a pequeña escala y que algunos países, que no serían sólo los del «Este», los consideran secretos militares es tanto como decir que la luna brilla determinados días del mes. Los asuntos militares no llegan a ser tan absurdos como para que funcionen de oídas ni tan folklóricos para que se exhiban en el escaparate.

Es verdad que los fundadores del marxismo no se ocuparon del espacio, al menos indiscriminadamente. Un marxista *sui generis* hispanoamericano ha señalado que, al igual que «en los tiempos de Hegel, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado todavía en actividad histórica»; bastante más grave es su omisión completa en los primeros congresos de la Komintern por ignorancia explícita sobre ella<sup>6</sup>. Marx se ocupó de la historia y la política de los países más o menos desarrollados, descartando el hecho geográfico en sí, razón de más para que no abordase la geografía de los subdesarrollados. Marx jamás habría escrito una «geografía del subdesarrollo» ni una «geopolítica del hambre», como tampoco tocó el tema del racismo y apenas hizo referencia al colonialismo y al imperialismo en su momento más absorbente, o en todo caso del modo que el oportunismo leninista lo comprendió. Pero de ahí a decir que la indiferencia de Marx (o Engels) a la geografía es tanto más difícil cuanto que en la época en que escribe los problemas espaciales están ya en primer

<sup>5</sup> YVES LACOSTE: «¿Por qué Hérodote? Crisis de la geografía y geografía de la crisis», en Y. LACOSTE, R. SANTIBÁÑEZ, T. VARLIN, B. GIBLIN: *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*, Madrid, 1977, pp. 26-27 y 53.

<sup>6</sup> JORGE ABELARDO RAMOS: *El marxismo de Indias*, Barcelona, 1973, pp. 207 y 229.

plano de las preocupaciones políticas de los militares prusianos y de los industriales del Ruhr»<sup>7</sup> es ganas de querer insistir en la confusión. ¿Por qué el expansionismo político o económico debe tratarse geográficamente como «problemas espaciales»? Por lo demás, está bien demostrada la capacidad estratégica militar de Marx, y sobre todo de Engels, y no serían tampoco aprendices Lenin ni, sobre todo, Trotski, ambos buenos lectores de Clausewitz (que ciertamente no era geógrafo), como tampoco en su momento Stalin<sup>8</sup>, lo que demuestra que para tener un conocimiento adecuado de geografía no es preciso ser diplomado del gremio.

No sé si cabe una geografía comprometida, pero una geografía histórica mueve a sonrisa, como lo mueve oír hablar de política internacional ignorándose la geografía. Desde luego, hay individuos incapaces de interpretar un mapa. «Un mapa no tiene más sentido para aquellos que no han aprendido a comprenderlo que significado una página de escritura para los que no han aprendido a leer»<sup>9</sup>. Saber sacarle el jugo a una carta geográfica no está al alcance de cualquiera. ¿Lo necesitan acaso? También muchos tienen teléfono y no saben manejar la guía telefónica.

Los especialismos acentuados han confundido y ahogado no pocas virtualidades del campo de las ciencias sociales. La camisa de fuerza no les va a sus disciplinas, por fortuna, pero ya que estamos en ello habría que admitir ciertas reglas de juego. Una cosa es pretender delimitar ortopédicamente una disciplina y otra es someterla a unas exigencias que no puede responder. Cada materia da de sí lo que da de sí. Otra cosa es impostura o avasallamiento. Así está de lamentable y deplorable este campo interdisciplinario. Los solapamientos son bien venidos si actúan como conexiones, pero las suplantaciones y los corrimientos a otros campos delatan no tanto la fluidez de la situación cuanto el estado de angustia e inseguridad en que vive o vegeta tal o cual disciplina. No es cuestión de complejos, sino de clarificación. Si una disciplina no se satisface en lo que se propone es que probablemente requerirá la ayuda de alguna otra. No es cuestión de dramatizar frivolisando con «si el geógrafo es un *voyeur* impotente»<sup>10</sup>. Tampoco es cuestión de denunciar invasiones en campo propio mientras que lo que realmente se hace es invadir campos ajenos. El dilema

<sup>7</sup> LACOSTE, op. cit., p. 40.

<sup>8</sup> Cf. los capítulos 7 y 14 de EDWARD MEAD EARLE (Ed.): *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler*, Princeton, N. J., 1971. Refiriéndose a un estudio de Engels, un autor lo califica de que «hincharía el orgullo de geopolíticos contemporáneos», página 165.

<sup>9</sup> LACOSTE, op. cit., p. 33.

<sup>10</sup> *Ibidem.*, p. 49.

no se plantea como «voyeur impotente»-travesti entrometido, sino que el geógrafo-geógrafo tenga en cuenta que hay un historiador, un economista, un militar, un urbanista, y que éstos sepan que existe la geografía. Dentro de cada materia coexistirán o se confrontarán varias escuelas de pensamiento. Cuando incluso así se crea que es imposible obtener gratificación, entonces lo que se impone es simplemente cambiar de oficio.

Las líneas que siguen, por contra, representan un hachazo certero. Acerca de una geografía del «inconsciente colectivo», se ha observado que tal inconsciente sería particularmente de los «investigadores sociales, que alternativamente fustigan, ignoran o toleran con paternalista condescendencia a la disciplina geográfica, pero que a la hora de su incompetencia para explicar ciertos procesos históricos, sociales o culturales recurre a los razonamientos de la peor geografía, del más rancio y mecanicista determinismo del medio rural, con todos sus vicios lógicos, que ningún geógrafo actual, ni el más tradicional, se atrevería a suscribir: la identificación de una nación con un espacio, el papel fundamental del medio físico para explicar el nivel de desarrollo económico», etc.<sup>11</sup>.

Con toda la lógica del mundo, Lacoste hace constar que eso que llamamos «actualidad está configurado por una sucesión de acontecimientos que obligan no sólo a evocar los países donde acaban de producirse, sino también a recolocarlos en una cadena más o menos compleja de causalidades que constituye, de hecho, un razonamiento geopolítico»<sup>12</sup>. Algo parecido venía a decir Vicens Vives para la geopolítica, disciplina de gran utilidad para «la correcta información del ciudadano e imprescindible para todos cuantos intervienen en la orientación exterior de la vida de una colectividad humana»; quiso organizarla al «percatarse de los groseros errores en que incurrían cuantos, por pura intuición periodística, tergiversaban a diario los principios esenciales de la novel ciencia geográfica»<sup>13</sup>.

A veces ni siquiera es necesario descender a niveles de cierto periodismo. Ante el miedo del Foreign Office a una súbita llegada de los rusos al Indico, lord Salisbury, ironizando, solía decir que mucha de la aprensión se originaba en el popular uso de mapas a pequeña escala; y cuando Kruschév quiso abrumar a Stalin en su discurso-

---

<sup>11</sup> JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA, recensionando a Y. LACOSTE y otros, *ob. cit.*, *El País*, 14 de mayo de 1978.

<sup>12</sup> LACOSTE, *ob. cit.*, p. 53.

<sup>13</sup> JAIME VICENS VIVES: *Tratado general de Geopolítica*, Barcelona, 1961, 2.ª ed., p. 7.

denuncia de 1956, acusó al tirano de seguir la marcha de las operaciones militares de la guerra en un globo terráqueo de mesa.

«La Historia comienza por la Geografía», escribió Michelet; «la Geografía se convierte en Historia», remachó Reclus. En definitiva, «hablar de Espacio es hablar de geografía. Y hablar del Tiempo es hablar de la historia»<sup>14</sup>. Evidente. Y ya introduciéndonos en nuestra materia habrá que decir que en ocasiones la paz y la guerra dependen (...) de la mentalidad geohistórica con la cual encaminan los asuntos exteriores los Consejos de Ministros, las Cancillerías y los Estados Mayores», por lo que «más que un sentido histórico ha de existir (...) un sentido geohistórico»<sup>15</sup>; ahora bien, si no pueden negarse las «afinidades» entre la geografía y la política exterior de un Estado», también debe tenerse en cuenta que son «a menudo intestables casi siempre matizables»<sup>16</sup>.

Vicens Vives se propuso establecer el término *geohistoria*, en efecto (con un paso similar y simultáneo en Fernand Braudel), por tener mayor amplitud conceptual que el de geopolítica, sumando además la tremenda ventaja de desposeerlo de fines políticos internacionales inmediatos, aunque no se atreviera a titular así su libro para no desorientar aún más al lector. La *geohistoria* resumiría los íntimos vínculos entre el suelo y el hombre en el quehacer histórico»<sup>17</sup>. Pero la nueva denominación no ha cuajado, y la clásica, con todos sus usos y abusos, es algo ya acuñado.

Con la geopolítica ha ocurrido que, «más que estudiar cómo fue instrumentalizada, se ha recurrido a la no muy hábil finta de ignorarla, con lo que se ha eludido la reflexión política del discurso geográfico»<sup>18</sup>. El nazismo desquició el vocablo, por lo demás ya controvertido de por sí, y durante lustros estuvo mal visto recurrir a él, y de utilizarse tendría que declararse las buenas intenciones. Josué de Castro fue uno de los primeros de la izquierda en decir en su *Geopolítica del hambre* (1951) que «esta palabra tan comprometida, tan execrable, debe ser rehabilitada en su verdadero sentido». Pues bien, he aquí un ejemplo de la corriente contra la que se apunta: «La geopolítica es una criatura del militarismo y un instrumento de guerra. Como su propio nombre indica, es un vástago de la geografía y de la ciencia política, aunque fue originada y ampliamente desarrollada por geó-

<sup>14</sup> LUCIEN FEBVRE: *Combates por la historia*, Esplugas de Llobregat, 1970, p. 65.

<sup>15</sup> VICENS VIVES, *op. cit.*, pp. 24 y 26.

<sup>16</sup> J. GOTTMANN, cit. por PIERRE RENOUVIN y J. B. DURSELLE: *Introduction à l'histoire des relations internationales*, París, 1966, p. 22.

<sup>17</sup> JAIME VICENS VIVES: *Obra dispersa*, II, Barcelona, 1967, p. 466.

<sup>18</sup> GÓMEZ MENDOZA, *op. cit.*

grafos. A veces se la hace aparecer como una hermana gemela de la geografía política, pero es mucho más joven, habiendo crecido en la generación que comprende las dos guerras mundiales»<sup>19</sup>.

¡La geopolítica, «ciencia nazi»! Ni ciencia (probablemente) ni, desde luego, nazi. Al instrumentarla para unas metas apriorísticas, unido a las repulsivas prácticas del régimen, llevaron al vocablo a ser aislado en cuarentena, pero por efecto bumerán también los nazis popularizaron la divulgación de lo que para unos era un engendro peligroso y para otros algo en que lo más prudente era no comprometerse. La praxis del «espacio vital» había sido mortal de necesidad para muchos pueblos. Está adecuadamente demostrado que el aparato geopolítico fue más una excusa que una causa en la política exterior del III Reich, en la que tuvo sólo pequeña influencia. Sin embargo, del mal uso que el hitlerismo hizo de la física, química, biología, bioquímica, psicología..., no parece haber deteriorado la imagen de dichas disciplinas<sup>20</sup>.

La pólvora se utilizaba en fuegos artificiales hasta que un día alguien vio las posibilidades de aplicarla al cañón y los estragos comenzaron. Mejor dicho, continuaron de otra manera. Conectar política y geografía (pólvora y cañón, respectivamente, y no al revés) puede significar la politización de la segunda, y en tal caso resultar explosiva la combinación. La ideologización de la geografía la lleva a plantearse como categorías absolutas lo que sólo es relativo, pero le justifica la acción que de otro modo pasaría por oportunista y ambiciosa. Si las conveniencias subjetivas de los Estados concernidos han tratado de revisar no pocas veces la doctrina geopolítica (y de ahí su seudociencia o ciencia de conveniencia, el progreso de la tecnología bélica ha obligado y hecho inevitable tal revisión (y de ahí su planteamiento como ciencia o rama científica), porque la geopolítica tanto la sugieren las condiciones naturales como la provocan los cambios de relación de fuerzas. Por ello, la geopolítica se ha considerado como un regalo envenenado que los geógrafos han tratado de pasar a los politicólogos y los politicólogos a los geógrafos. Pero paulatinamente el término ha ido recobrándose para su uso docente.

Quién sabe si ciertos presupuestos geopolíticos no son tan viejos como el género humano. En todo caso un gran geógrafo hace remontar las teorías geopolíticas hasta el mismísimo Antiguo Testamento, cuando Abraham y Lot, de regreso de Egipto, acuerdan dividir la tierra de Canaán porque no podría soportar sus ganados conjuntos

<sup>19</sup> DEVENT WHITTLESEY, HAUSHOFER: «The Geopolitians», en EARLE (ed.), ob. cit., p. 388.

<sup>20</sup> RICHARD MUIR: *Modern Political Geography*, Londres, 1975, p. 8.

(también es un enfoque geoeconómico). La historia de la antigüedad atestigua que muchos de sus gobernantes fueron «geopolíticos por intuición»<sup>21</sup>. Y es que se razona geopolíticamente sin querer, lo mismo que se habla en prosa sin proponérselo, independientemente de la calidad del discurso o de la bondad geopolítica. Muchos pensadores, aun no siendo su intención, «han tratado de relacionar, valorizándolos, los hechos históricos y los factores geográficos. En cada recorrido cultural descubrimos deducciones de carácter geohistórico», lo que ha llevado «a la aparición de la Geopolítica y la Geohistoria»<sup>22</sup>.

Quiera o no, la geografía no puede sustraerse por completo al juego político. La mera comprobación de los ingredientes—elementos—del poder nacional lo delatan. El elemento geográfico figura como el más constante, pero como lo cambiante es el poder mismo del Estado, dicho elemento corre el riesgo de ser alterado por la nueva relación de fuerzas que se establezca, especialmente militares, con su repercusión en el campo diplomático. Porque el espacio geográfico hay que considerarlo, como señala Aron, como un *teatro* y un *envite*, además de un *medio*<sup>23</sup>. Pero la verdad es que también se constata la formalidad ritual de citar los factores geográficos como un elemento de la capacidad de los Estados, aunque los argumentos van poco más allá en ese género de la literatura, mostrándose «poca evidencia de mutua y fructífera fertilización entre geografía y ciencia política», salvo en contadísimas excepciones, y aun así con limitaciones<sup>24</sup>.

Sabiendo la dificultad en establecer una definición satisfactoria de geografía, la dificultad por lógica tiene que acrecentarse al calificarla. Un concepto madre poco estable aumenta en fluidez al agregársele otro, abriendo las inevitables discusiones metodológicas y hasta de contenido: que si la geografía política es una rama de la geografía humana, que si es sinónimo de geopolítica, que si la geopolítica ni siquiera pertenece al ámbito de la geografía o que si es una rama de la geografía política y caería entre la geografía y la ciencia política... Ejemplo: Vicens Vives, tras una serie de discusiones y críticas, en su *Tratado*, intenta recoger velas y condensar sus propios hallazgos en definiciones de geografía histórica, geografía política, geopolítica y geohistoria (al tiempo que distingue entre las dos últimas, a diferencia de lo que advierte al comienzo). Sin embargo, para mi gusto

<sup>21</sup> COHEN, *ob. cit.*, p. 33.

<sup>22</sup> VICENS VIVES: *Tratado general de...*, *op. cit.*, p. 27.

<sup>23</sup> RAYMOND ARON: *Paix et guerre entre les nations*, París, 1966, 4.ª ed. corr. y aum., p. 188.

<sup>24</sup> ROBERT T. HOLT y JOHN E. TURNER: «Insular Politics», en JAMES N. ROSENAU: *Linkage Politics, Essays in the Convergence of National and Innational Systems*, N. Y. y Londres, 1960, pp. 202-203.



personal, prefiero aceptar lo que dicho autor preconizaba en 1940, y que por lo visto desautorizó luego: «La Geografía Política es la estática de la configuración y distribución *actual* de las Grandes Potencias y de los Estados secundarios en la superficie terrestre, así como la Geografía Histórica es la Geografía Política de cada una de las épocas pasadas... Ambas representan un punto de descanso, de muerte. La Geopolítica es siempre vida y movimiento, cambio y transformación; la actualidad geopolítica sólo interesa en función de las fuerzas que actuaron ayer o como plataforma de los sucesos que acontecerán mañana. He aquí, expresada en dos palabras, la esencia íntima de la Geopolítica: síntesis y vida»<sup>25</sup>.

El empleo de «muerte» y «vida» desvirtúa, si no malogra, la intención, máxime cuando manipulada por los nazis la geopolítica «vida» fue un mensajero de muerte. Con o sin geopolítica, el hitlerismo se habría comportado del mismo modo, al igual que el comunismo ruso ha impulsado la continuación de la política exterior zarista, sin necesidad de exhibiciones geopolíticas declaradas. Por eso la geografía política que hoy conocemos fue generada por los impulsos geopolíticos anteriores, del mismo modo que los impulsos actuales van cuajando en geografía política. No es necesario entrar en disquisiciones, pero si acordamos que la geopolítica significa por encima de todo dinamismo, también es verdad que este dinamismo es algo tan inherente a la vida de los Estados, sobre todo poderosos, como graduable por su ideología y clase dirigente. O sea, que la determinación de los objetivos correrá a cargo de la ciencia política (rama política internacional), con todo su despliegue instrumental y decisorio, pero el marco geográfico será el condicionador de las posibilidades. Por eso no se ve terrorismo alguno en la declaración conjunta, que cita Vicens Vives, de los «cuatro grandes geopolíticos del momento» (1928) —Haushofer, Obst, Lautensach y Maull—: «Geopolítica es la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos»; también, diría más tarde Siegfried Passarge, la geopolítica era «una Geografía Política aplicada»<sup>26</sup>. ¿Por qué no? Sólo que la aplican los políticos, los gobiernos, los que detentan el poder del Estado, y cuando lo han efectuado, cualquiera que sea el resultado, si se consigue el «reposo», lo estático, nuevamente se hace cargo del nuevo marco la geografía política. Los solapamientos son grandes, pero la intención es lo que cuenta. La intención hace decantar lo geopolítico del campo estático —geografía— al campo dinámico —política—. Llamándolo *política geográfica* en vez

<sup>25</sup> VICENS VIVES, *op. cit.*, pp. 76 y 59.

<sup>26</sup> Cf. *ibidem*, pp. 58 y 60.

de geopolítica se ahorrarian evidentemente muchas disputas semánticas. Con toda claridad se ha expresado que «el equilibrio estático es contrario a la esencia de la vida geopolítica»<sup>27</sup>.

No extrañemos que a esas alturas surjan interrogaciones y dudas sobre la geopolítica —«¿qué es, en esencia, geografía política, geografía militar, estrategia o ciencia política? Yo creo que una mezcla de todo»<sup>28</sup>—, panorama que quedaría no poco aclarado si se pregunta por el motor, el carburante, el vehículo, pero sobre todo por el conductor. Será el conductor quien siempre tome las decisiones políticas, a empezar por poner en marcha el vehículo. Del conductor dependerá que la máquina sea inane, cuerda o loca. De él y de los demás conductores. A pesar de todo, con o sin hilo conductor, sean militares o civiles sus tratadistas, las dudas, las oscilaciones, los *impasses*, persisten en el estudio de la naturaleza de lo geopolítico, en cuyo seno «Geografía e Historia, Economía y Política tejen su más variada danza sin que nadie, nunca, sea capaz de desenredar la trama, porque entonces es lo geopolítico lo que desaparece como tal, ya que lo geopolítico es la realidad misma entretejida de todos esos elementos, ya de por sí tan variados y complejos»<sup>29</sup>.

No se trata de desenredar tramas, sino de centrar el problema, y en este caso lo político predomina. Unos coautores nos presentan la geopolítica como «una aproximación a la política exterior que trata de explicar y predecir la conducta política y las capacidades militares en función del ambiente físico del hombre»; al propio tiempo consideran que cabe usar el término «para describir la geografía política considerada en términos de estructura del mundo y sus Estados componentes, o referirse a aquellos aspectos de la planificación de la política exterior que deben tomar en cuenta varios factores geográficos»<sup>30</sup>. El primer y tercer enfoques son nítidamente de extracción política; el segundo se contempla geográficamente.

La precisión del enfoque da un paso de gigante con Ladis K. D. Kristof: «El moderno geopolítico no mira al mapa del mundo para encontrar lo que la naturaleza nos *obliga* a hacer, sino lo que la naturaleza nos aconseja hacer, dadas nuestras preferencias»; o bien con este otro montaje: «Geopolítica es el estudio de los fenómenos políticos: 1) en su relación espacial, y 2) en su relación con, dependencia de e influencia sobre, la tierra, así como sobre todos aquellos factores

<sup>27</sup> COHEN, *op. cit.*, p. XIX.

<sup>28</sup> FERNANDO FRADE MERINO: *Introducción a la Geopolítica*, Madrid, 1969, p. 100.

<sup>29</sup> JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ VAL: «Ante una nueva Geopolítica europea», *Revista de Estudios Políticos*, 193, enero-febrero 1974, p. 69.

<sup>30</sup> JACK C. PLANO y ROY OLTON: *The International Relations Dictionary*, N. Y., 1969, p. 7.

culturales que constituyen el objeto de la geografía humana (antropogeografía) ampliamente definidos. En otras palabras, geopolítica es lo que la palabra misma sugiere etimológicamente: política geográfica, esto es, política y no geografía, política geográficamente interpretada o analizada para su contenido geográfico»<sup>31</sup>.

Con estas perspectivas rigurosas, el ambiente esotérico que envuelve nuestro concepto no sólo se disipa, sino que lo potencia haciéndolo claramente operativo. Así, para Cohen, «la esencia del análisis geopolítico es la relación del poder político internacional con el marco geográfico. Los puntos de vista geopolíticos varían con el cambiante marco geográfico y con la interpretación del hombre de la naturaleza de este cambio». Este análisis geopolítico implica a su vez dos grandes aspectos: la descripción de dichos marcos en su relación al poder político, y los marcos espaciales que abarcan unidades de poder político internacionales. Para apreciar verdaderamente las realidades políticas tenemos que volvernos a la geografía. El marco, fijo o dinámico, «nos proporciona una base para comprender el mapa político de hoy y para anticiparnos al cambio. Por ello el mapa geopolítico está más cercanamente a tono con la realidad que el mapa político»<sup>32</sup>. En última instancia la geopolítica combina una «esquematación geográfica de las relaciones diplomático-estratégicas con un análisis geográfico-económico de los recursos, con una interpretación de las actitudes diplomáticas en función del modo de vida y del medio (sedentarios, nómadas, terrestres, marinos)», subraya Aron, explicitándolo con ejemplos<sup>33</sup>.

Decía Ratzel que la historia de un Estado es siempre, al mismo tiempo, «una parte de la historia de los Estados vecinos»<sup>34</sup>. Y del vecino siempre nos separa una valla, una frontera. La misión más importante de la frontera es la materialización del ámbito de la soberanía estatal. De fronteras adentro las guerras son civiles; de fronteras afuera, internacionales. Hacer la historia de la frontera casi equivale a hacer lo más medular de la historia internacional. Vicens Vives titula a la línea separadora de entidades políticas «la frontera como periferia de tensión». Jacques Ancel, que lucharía contra la obsesión fronteriza de Haushofer en cuanto a exigencia vital de un Estado, la definió como «las líneas donde se fijan durante cierto tiempo las presiones políticas producidas por la fuerza de dos núcleos geohistó-

<sup>31</sup> Cit. por JAMES E. DOUGHERTY y ROBERT L. PFALTZGRAFF, Jr.: *Contending Theories of International Relations*, Filadelfia, N. Y., Toronto, 1971, pp. 51 y 58.

<sup>32</sup> COHEN, *op. cit.*, pp. 29-30 y 64.

<sup>33</sup> ARON, *op. cit.*, p. 197.

<sup>34</sup> Cit. por RENOUVIN y DUROSELLE, *ob. cit.*, p. 22.

ricos que han llegado a un equilibrio», equilibrio que «puede ser estable o precario», en cuyo último caso proliferan los motivos de fricción y disputas que a su vez han originado la mayoría de las guerras. Esto se escribía en 1936, en pleno revisionismo de Versalles. Las palabras que seguían son tanto más relevantes para la situación de nuestros días. «Hoy día,—escribía—, debido al aumento que ha experimentado la longitud de las fronteras mundiales, por la aparición de tantos nuevos Estados y a la arbitrariedad de muchos trazados, son causas de la gran inestabilidad que en muchos países del globo se manifiesta»<sup>35</sup>.

Dos años después, el propio Ancel, insistiendo en otra obra especialmente dedicada a la frontera, afirmaba que ésta «no puede ser más que un límite, durante mucho tiempo blando y provisional, a veces rígido y permanente, a las actividades de una sociedad», y pasaba a rechazar los conceptos de fronteras naturales, líneas fronterizas y fronteras históricas. El contenido importaba más que el continente. Su conclusión era que «la frontera es una isóbara política que fija, durante cierto tiempo, el equilibrio entre dos presiones: equilibrio de masas, equilibrio de fuerzas». Vicens Vives, que es quien la cita, destaca por su lado que, aparte la áspera polémica sostenida entre Ancel y Haushofer, contienen puntos de contacto, mostrando lo provisional de toda frontera política a la luz multiseccular de la historia, situando «el problema en su justo punto geohistórico». Comprendida desde este ángulo, Vicens considera la frontera como «una periferia de tensión cultural—tensión casi siempre creadora y no necesariamente bélica y agresiva—. En relación a ella, la frontera política no es más que un fenómeno determinado por coyunturas históricas y geográficas registradas en el transcurso de la vida de las sociedades humanas». Más adelante perfila la idea de esta manera: «Todo núcleo geohistórico posee, por definición, una zona radiante y una periferia de tensión. Esto no obedece a deliberados propósitos agresivos, sino a la misma presión vital que la anima en todas direcciones»<sup>36</sup>. De todos modos, esta «presión vital» puede ser motivo de tensiones nada creadoras.

A no ser que juguemos a la utopía o a la intemporalidad, la vulgar frontera *política* sigue siendo una realidad crucial, mil veces cambiada, pero mil veces defendida; una realidad por la que se mata y por la que se muere. Y así sigue siendo, por muy devaluado que esté el contenido soberano que acapara. No es lo mismo una penetración cultural por irradiación, que incluso puede ser querida y buscada,

<sup>35</sup> Cit. por FRADE MERINO, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>36</sup> VICENS VIVES, *op. cit.*, pp. 157-158 y 177.

que una penetración de otra especie por la imposición o la invasión. No es casualidad hoy que la ideología más deteriorada y enferma se avale al amparo de la presión y chantaje sistemáticos, llegando incluso a la intervención militar, incapaz como es de otras irradiaciones culturales. Muchas «fronteras geohistóricas» pueden mantenerse gracias a fronteras políticas protegidas por un poder militar adecuado, del mismo modo que a veces son las irradiaciones militares las que amplían las susodichas fronteras geohistóricas. En la historia, las cosas cambian con frecuencia, pero la vida de un hombre, que dura poco más de una temporada, es posible ver que las cosas pueden prolongarse lo bastante.

También lo del mito de las fronteras 'naturales' es un hecho verificado; y como lo que no es natural suele ser artificial, he aquí que todas las fronteras, quieran o no, son 'artificiales'. Si contraponemos lo natural a lo arbitrario, como distinto de artificial, las cosas se aclaran bastante, puesto que no es difícil reconocer que hay fronteras más arbitrarias que otras. Si la historia de la frontera hubiera funcionado con lógica, nos diría que, a mayor grado de arbitrariedad en el trazado, mayor es la inestabilidad y la tensión, lo que no siempre es así. Históricamente incluso ha ocurrido lo contrario. En 1919 se vio la abrupta eclosión de nuevos Estados-naciones fruto del quebrado y artificioso corsé de caducos y ahora fenecidos imperios; pero las estrenadas entidades políticas, más 'naturales', coadyuvieron como poco a la inestabilidad de entreguerras. En 1945 se encontró otra solución, esta vez dura: rectificaciones de fronteras y expulsiones masivas de minorías cuando se pudo hacer. La arbitrariedad de la victoria capacitó para dar mayor coherencia interna a unos Estados por el hecho de hacerlos más nacionales que antes, a falta de haber sabido vivir revueltos con poderosas minorías, lo que, históricamente considerado, era lo natural.

Visto todo esto, mejor será que asumamos el concepto de «fronteras de civilización» de Ancel que el de fronteras geohistóricas de Vicens Vives, sobre todo si hacemos sinónimos geohistoria y geopolítica, aunque aquel concepto posea un sentido más amplio. Entre el Toynbee del *Estudio de la Historia* y el Toynbee de los *Anuarios* de asuntos internacionales, diríase que el hecho de ser el mismo autor es mera coincidencia. En un caso es el profeta de las milenarias civilizaciones quien habla; en el otro, el observador, atento y escrupuloso de las mundanas y cotidianas incidencias que vapulean al mundo en nombre de la última pirueta de una idea o por la posesión de unas

cuantas hectáreas, un mundo de comedia que de vez en cuando termina en tragedia.

La frontera podrá ser una «ingenua superstición» y, como tal, expulsable del campo geográfico, como quiere Vicens Vives, lo mismo que «debe desenvolverse como *órgano periférico de aproximación*; no como fatal zona de contraste internacional, preparada, indefectiblemente, para convertirse en campo de contienda en futuros más o menos remotos»<sup>37</sup>. Con tan buenos y loables propósitos nos colocamos en el campo del *deber ser* y de las intenciones piadosas. Pero como en la historia y política internacionales la frontera es y seguirá siendo la cristalización de enemistades o diferenciaciones forjadas en el tiempo, habrá que seguir estudiándola entre tanto como *es*. Y si la geografía decide expulsarla, la recogerá algún nuevo invento, además de hacerlo la historia, la ciencia política, la economía, las academias militares... y las agencias de viajes. Si los pueblos estuvieran hartos de fronteras se habrían esforzado y se seguirían esforzando en suprimirlas. Por el contrario, parecen tan entusiasmados con ellas, que al más leve descuido consiguen incrementar su número y longitud. La tendencia no es amortizar Estados, sino a incrementar su número a través de estallidos de los existentes.

En cualquier caso, la frontera es algo más que el límite de la autoridad política interna y que una señal de soberanía. «Se convierte en un símbolo, orientando el paisaje hacia el corazón nacional, y constituye así un poderoso elemento centralizante», al tiempo que una línea de «fuertes cualidades defensivas» y cuyo desplazamiento altera el valor de las restantes partes fronterizas, afirma Cohen. Hace constar también que, pese a todo lo que haya podido decirse contra las fronteras 'naturales', el problema no se resuelve apartándolo como «concepto precientífico». «Si el pueblo cree en fronteras 'naturales' y adscribe a ciertos rasgos del medio físico una función mística e irracional, entonces esta creencia se convierte en una base incommovible para la acción nacional»<sup>38</sup>. Esta es la cuestión, por muy pedestre que nos parezca. Las tachaduras, supresiones o expulsiones por mala conducta sólo significan que la mala conducta se transfiere a otra parte. Todo lo cual nos recuerda una de esas fórmulas que nunca fallan, tan aptas para un final de juegos florales, aunque en este caso la paternidad corresponda a uno de los famosos de la geopolítica, H. Mackinder: «La geografía debe servir de base a la estrategia de la paz

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 179.

<sup>38</sup> COHEN, *op. cit.*, pp. 194 y 198.

si no se quiere que sirva de base a la estrategia de la guerra» (1931)<sup>39</sup>.

Esto no es óbice para que la noción de frontera para albergar la profunda realidad de la soberanía, e incluso su mero perfil territorial, no haya quedado insuficiente en los últimos lustros. Los satélites artificiales surcan impunemente los cielos nacionales y la era espacial está haciendo del planeta una comarca del cosmos. La posibilidad de hurgar en los fondos marinos trasciende ya las aguas territoriales y las mismas plataformas continentales. Pero las tecnologías que hacen posible todo esto está en manos de contadísimos países no dispuestos a un gracioso reparto de sus frutos. Por ahí va el nuevo imperialismo, en esta proyección tecnológica omnipotente que no explota a nadie, pero que puede hacerse con todo lo que queda fuera del alcance de la 'frontera'. El primer impacto lo recibe el derecho internacional, forzado a ponerse al día, pero ¿al día de quién?

No sólo por estos pagos se mueve la revolución tecnológica. Recordemos el viejo montaje tríptico de Mackinder (1919): «Quien gobierna Europa oriental controla el Heartland. Quien gobierna el Heartland controla la Isla del Mundo. Quien gobierna la Isla del Mundo controla al mundo.» La nueva gran geopolítica ya no habla del Heartland o de la *Isla del Mundo*, sea porque quienes los pontificaron quedan ubicados en el lado en que no están, o porque se disponen de artefactos balístico-nucleares que invalidan los viejos presupuestos. Los cambiantes sesgos y categorías que han hecho mella en las doctrinas geopolíticas han provocado la ironía de los rusos. Los resultados de la Segunda Guerra Mundial, de acuerdo con las enseñanzas de los gurus en la materia, habrían dado de antemano el triunfo a la URSS.

Fue así que en plena contienda bélica, el americano N. Spykman trastocó la fórmula de Mackinder por esta otra: «Quien controla los Rimlands gobierna Eurasia. Quien controla Eurasia controla los destinos del mundo.» Desde que comenzó a hablarse de *Rimland* (Tierra Orilla, Costera, Borde o Periférica son las traducciones que ha recibido), en lugar de *Heartland* (Tierra Corazón) o *World Island* (Isla del Mundo), cambiando y/o refutando los previos cánones establecidos, los geopolíticos daban la sensación de hacerse una geopolítica a la medida suya, que a su vez venía a ser la conveniencia de sus Estados o mundo al que pertenecían. Desde el punto de vista del mundo anglo-americano no podía ser nada agradable que la alternativa del futuro mundial tuviera que ser necesariamente germano o ruso, y no diga-

<sup>39</sup> *Enciclopedia Internacional...*, op. cit., VI, 1975, p. 715.

mos si encima eran nazis o comunistas. De todos modos, no todo era frivolidad científica o cambios a destiempo. En 1942, año cenit para el Eje, podían leerse unas palabras realmente inteligentes en un tratado de geopolítica. Su autor, americano, refiriéndose al Heartland, decía que si fue «alguna vez un concepto válido», para lo que prueba convincente no existía, «no hay garantía de que la moderna tecnología no lo invalide. Puede incluso haber sido ya así»<sup>40</sup>. He aquí el meollo de la cuestión: la tecnología moderna.

Los soviéticos se aprovechan de los altibajos y giros de sus adversarios, a quienes señalan que «confirmaron en sus obras que los factores geográficos no tienen ninguna relación con las causas reales de la agresión»; y teniendo en cuenta que la Unión Soviética lucha por la paz y que su geografía no ha cambiado, se deriva que no es la geografía, sino el régimen social y político que determina el contenido y el carácter de la política exterior de los Estados»<sup>41</sup>. Efectivamente, y de paso nos explica por qué el Paralelo 38 fue cruzado en dirección Norte-Sur y no al revés. Pero siendo un secreto a voces que la URSS persigue unos intereses nacionales que prolongan —y amplían— los zaristas, la geografía sigue conformándose como mescolanza de imperativo y tentación. A Lenin también le gustaba la profecía derivada de la combinación de geografía y política. «Quien domina África domina Europa», decía, por citar un ejemplo, precisamente donde duele en la actualidad. «África es el talón de Aquiles del imperialismo occidental»<sup>42</sup> (¿la precisión de «occidental» es una traición de subconsciente?), ha plagiado un actual suministrador de carne de cañón y guardias pretorianas por cuenta ajena<sup>43</sup>. Un agudo observador no ha dudado en escribir que «los humores de *Pravda* dependen más habitualmente de la geopolítica que del sentimentalismo burgués»<sup>44</sup>.

En suma, la tecnología nuclear y misilera hacen posible el aparente subterfugio del *Rimland*. La posibilidad de ataque o de represalias estratégicas hacen que la verdadera frontera de URSS-USA esté en el Artico, y con los submarinos nucleares, en todas partes, en caso de siniestro generalizado. Como observa Muir, los ferrocarriles estratégicos que vislumbró Mackinder nunca se tendieron para conectar el *Heartland*, sino que, a partir de los planes quinquenales, el propio *Heartland* fue industrializado, inmunizándose así por su propia fuerza.

<sup>40</sup> ROBERT STRAUSS-HUPE: *Geopolíticos: The Struggle for Space and Power*, N. Y., 1942, páginas 189-190.

<sup>41</sup> *Marxisme-léninisme sur la guerre et l'armée*, Ed. du Progrès, Moscú, 1976, pp. 99-100.

<sup>42</sup> Cf. *Cambio* 18, 341, 18 de junio de 1976, p. 72.

<sup>43</sup> Cf. CARLOS FRANQUI: «Fidel el Africano», *Cambio* 18, 339, 4 de junio de 1976, p. 96.

<sup>44</sup> ANDRÉ FONTAINE: *Le Monde*, 31 de mayo de 1978.



A su vez ha sido la revolución tecnológica militar que ha quitado a este Corazón de la Tierra su seguridad, y ya entre tanto los satélites artificiales, su intimidad<sup>45</sup>. He aquí, pues, la triple y rápida mutación que ha sufrido una de las categorías básicas de la gran geopolítica. Pero también, en términos de apocalipsis nuclear, la teoría del poder naval de un Mahan ha pasado a mejor vida.

Estamos hablando ya de *geoestrategia*, que depende de la ciencia militar, pero con clara conexión con la geopolítica. Si lo dicho nos informa de los peligros y realidades de una guerra mundial, no nos dice nada, o apenas, de los problemas cotidianos y tradicionales con que se enfrenta la política. Y la geopolítica. Todavía siguen en plena vigencia las cuestiones de libre navegación, control de estrechos y canales, utilización del espacio aéreo, materias primas... La URSS, potencia inconformista por excelencia, es la que suele originar y/o imprimir ritmo a las grandes partidas y a algunas que no lo parecen tanto. Su geografía marítima apenas si se ha movido en dos siglos. Ningún intérprete mejor que un ministro de Asuntos Exteriores soviético, Vichinsky: «Si un buque de guerra tiene que navegar del Mediterráneo al mar Negro, debe pasar a través de los Dardanelos, sea el gobierno de Moscú zarista o comunista»<sup>46</sup>. Son palabras de la posguerra, pero en pleno conflicto Stalin formuló lo que suele llamarse una constante histórica en una de sus órdenes del día: «La Historia muestra que los Hitler vienen y se van, pero que el pueblo y el Estado alemán permanecen.»

Un magnífico ejemplo de que la geopolítica es algo esencialmente dinámico en correspondencia a una época de rápidos cambios, nos lo ofrecen unas líneas del profesor Kissinger. Se refieren a Estados Unidos, que confundían la lectura de una experiencia exitosa: «Hemos confundido la seguridad que nos daban dos grandes océanos con el sistema normal de relaciones internacionales; nos hemos olvidado de que los conceptos de agresión desarrollados en un período de seguridad relativa pueden llegar a ser poderosamente inadecuados frente a un nuevo tipo de amenaza. Una potencia favorecida por la geografía o por una gran superioridad material, como lo hemos sido durante la mayor parte de nuestra historia, puede permitirse el lujo de dejar que una amenaza se concrete antes de empeñarse en una guerra. Y debido al hecho de que otros muchos Estados tenían que ser atacados mucho antes de que llegara a ser real la amenaza contra nues-

<sup>45</sup> MUIR, *ob. cit.*, p. 195.

<sup>46</sup> HANS J. MORGENTHAU: *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*, N. Y., 1987, 4.ª ed., p. 108.

tra seguridad, siempre podíamos estar seguros de que otras potencias soportarían el peso de las primeras batallas y aguantarían firme mientras movilizábamos nuestros recursos. Así llegamos a desarrollar una doctrina de agresión tan purista y abstracta, que eximía a nuestros estadistas de la necesidad de tomar decisiones en situaciones ambiguas y de interesarse por las minucias de la diplomacia cotidiana»<sup>47</sup>. Es decir, que con las nuevas tecnologías bélicas lo que podríamos llamar renta de situación del hemisferio americano ha quedado amortizada.

Aceptada ya la doctrina de la respuesta flexible, muchos años después, y siendo ya secretario de Estado, Kissinger confesaba a una revista: «La paz mundial se verá amenazada gravemente, si es que a ello vamos a llegar, no tanto por fuerzas estratégicas como por los cambios geopolíticos. Para oponernos a cambios geopolíticos hemos de tener la capacidad para una resistencia regional»<sup>48</sup>.

Si en el primer caso se había subvalorado la situación geográfica, en un sentido abstracto, pero global, ahora se había hecho de los pequeños cambios intervenidos paulatinamente y que habían alcanzado dicho hemisferio. Cuba era el gran ejemplo. No olvidemos tampoco que fue Kissinger quien propugnó abiertamente y puso las primeras piedras para un nuevo planteamiento del canal de Panamá. En su pro recalcó la vulnerabilidad de la vía acuática a los sabotajes en tiempos de paz, su incapacidad para permitir el cruce de los superportaaviones o grandes petroleros, el que en caso de conflicto nuclear quedaría fuera de uso al primer impacto, y ya desde el presente, la hostilidad que suscitaba al conjunto iberoamericano, además del propio Panamá.

Ponerse al día e interpretar eficazmente las nuevas situaciones es un imperativo político. No caben más determinismos geográficos que constantes históricas. Pueden valernos como categorías relativas, lo mismo que pueden ser nefastos si absolutizamos su alcance. Las constantes históricas se han revelado no pocas veces como inconstantes; mas así puede ocurrir con los hipnotismos geográficos. En ocasiones también habría que preguntar quién hipnotiza a quién. El abuso con que la geopolítica ha sido utilizada podría llevarnos a estar de acuerdo con la apreciación que hace R. Hartshorne, que entiende la geopolítica como un campo preocupado por problemas específicos y que aparecería dividida en tantas escuelas como Estados independientes<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> HENRY A. KISSINGER: *Armas nucleares y política internacional*, Madrid, 1982, pp. 18-19.

<sup>48</sup> Cf. *La Vanguardia Española*, 9 de marzo de 1976.

<sup>49</sup> Cf. MUIR, *op. cit.*, p. 182.

No le falta razón si tenemos en cuenta que un autor militar, entonces profesor de Geopolítica en la Academia Militar, citaba como escuelas la alemana, inglesa, rusa, norteamericana, ¡vaticana!, francesa y dos suramericanas —argentina y brasileña—, amén de la que estaba en trance de surgimiento, la chilena<sup>50</sup>. El caso es que la realidad se supera por momentos, al menos en el Cono Sur de Suramérica. A partir de agosto de 1976, el Instituto Uruguayo de Estudios Geopolíticos ha lanzado el primer número de su revista *ad hoc*, donde quedan fielmente reflejadas las necesidades y exigencias uruguayas<sup>51</sup>. Guisos caseros y disciplinas a la medida se integran mal en el campo científico. Pero también aporta una evidencia que ni las pequeñas potencias, incluso yendo a menos, no dejan de justificar, por encima de todo, su lugar en el sol.

La mera ubicación geográfica puede favorecer o desfavorecer a un país no ya en el sentido de su riqueza, clima y demás, sino en función del *carrefour*, del lugar comprometido en el mapa que en determinadas circunstancias puede ocupar. Si es fuerte el país, siempre será fuente de gloria y amargura; pero si es débil, la amargura y el miedo es lo único que le queda. La responsabilidad ante algo que no se controla y la impotencia en hacerle frente, siempre ha afectado a muchos países. De actores a comparsas hay la misma distancia que entre fautores de propio destino a víctimas de destinos ajenos. En tales condiciones, poder aparcar en vía muerta es un don del cielo.

Como podemos ver, geopolítica y geoestrategia no son fácilmente deslindables. La propia confusión reinante entre ambas denuncia su parentesco y sus íntimas relaciones. Llegan a emplearse indistintamente<sup>52</sup>. En todo caso, la geografía manda, o condiciona en gran medida, cuando nos planteamos un problema en términos de conflicto bélico, potencial o real. En este sentido tienen que encaminarse y programarse las necesidades del aparato y organización militares. «Las características geográficas de un teatro determinan no sólo las soluciones estratégicas posibles, sino incluso la constitución misma de las fuerzas llamadas a operar en él, que serán organizadas, armadas y utilizadas en consecuencia»<sup>53</sup>. De tal modo, la geoestrategia no sólo viene a proyectar los mandatos de la geopolítica, sino que también viene a coincidir con los fundamentos de la estrategia clásica en el plano de la llamada «gran estrategia», dice un tratadista, adu-

<sup>50</sup> AUGUSTO PINOCHET UGARTE: *Geopolítica*, Santiago de Chile, 1974, 2.ª ed., pp. 20-25.

<sup>51</sup> Cf. *Revista de Política Internacional*, 150, marzo-abril 1977, pp. 344-346.

<sup>52</sup> FRADE MERINO, *op. cit.*, p. 95, y PIERRE CÉLERIER: *Géopolitique et géostratégie*, París, 1955, página 89.

<sup>53</sup> CÉLERIER, *op. cit.*, p. 64.

TOMÁS MESTRE

ciendo en su favor las ocho máximas que Liddell Hart formuló en su *Strategy* (en parte también táctica militar), máximas que han sido respetadas por los pendulazos de la geopolítica<sup>54</sup>.

Con o sin geopolítica elaborada, los Estados han tendido históricamente a maximizar sus fines, a extender sus dominios o su influencia, buscando poder o dominio. «El mapa del mundo hoy ha sido determinado grandemente en el campo de batalla», se escribió hace medio siglo<sup>55</sup>. Antes había sido así y luego lo siguió siendo. Pues bien, el gran Ranke, cuando todavía no se hablaba de geopolítica, advirtió que «no está en la naturaleza de las potencias predominantes ponerse límites a sí mismas; los límites tienen que serles puestos». He aquí una regla de oro de la política internacional.

TOMÁS MESTRE

---

<sup>54</sup> T. A. KOZLOWSKI: *Nuevos potenciales en la política mundial*, Buenos Aires, 1967, p. 86.

<sup>55</sup> JAMES T. SHOTWELL: *War as Instrument of National Policy*, N. Y., 1926, p. 15.